



NUEVO SIGLO

Hanissa

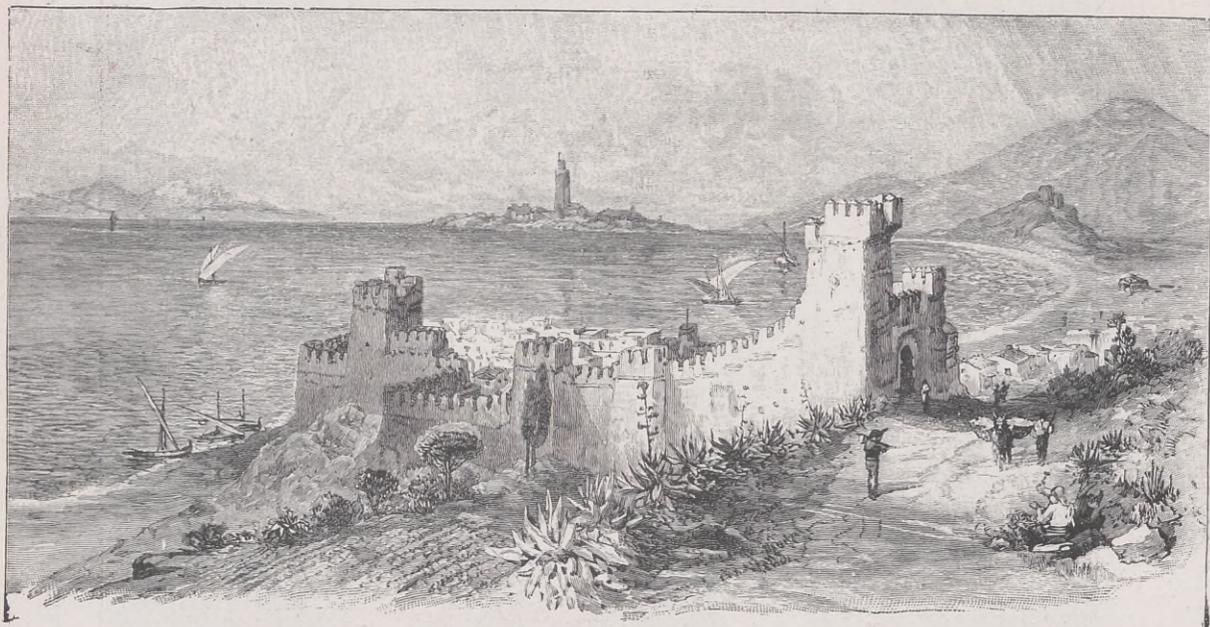
TARIFA

Indisolublemente unido va el nombre de esta ciudad al del bravo y leal caballero que se llamó D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno. Y no es que Tarifa haya dejado de brillar en otras ocasiones y principalmente en este siglo, con su victoriosa defensa contra los ejércitos de Napoleón y como noble albergue de las ideas liberales, pero la magnitud del hecho que inmortalizó á su heroico gobernador eclipsa todos los demás.

Reinaba Sancho IV, gracias á los grandes, pues les debía la corona, arrebatada al infante de la Cerda; Sancho IV, que era verdaderamente *bravo*, había conquistado, unido con el rey moro de Granada, la plaza de Tarifa, perteneciente al rey de Marruecos, y encomendó su gobierno á D. Alonso.

Pero, si D. Sancho se había aliado con el moro de Granada, no tuvo empacho su hermano, el infante D. Juan, en aliarse á su vez con el marroquí, para conseguir sus planes, reducidos á que D. Sancho le entregara, como había mandado su padre, D. Alonso el Sabio, la ciudad de Sevilla, que de ninguna manera le queria entregar aquél.

Era D. Juan un ser verdaderamente desentrañado. Puesto al frente de una hueste mogrebina, sitió á Tarifa, prometiendo al rey de Marruecos que en breve la recobraría; pero pasaba el tiempo, y la plaza no se rendía, ni por asomo. Y entonces fué cuando el infante amenazó á D. Alonso Pérez de Guzmán con degollar á su hijo, que tenía en su poder, si no le entregaba Tarifa. Y cuenta la historia que á tal intimación respondió Guzmán *el Bueno* arrojando desde lo alto de la muralla su cuchillo diciéndole al D. Juan:



«—Si en vuestro campo no hay acero, ahí va el mío; que antes os diera cinco hijos, si los tuviera, que una villa que tengo por el rey.»

El bárbaro infante consumó su crimen (21 de septiembre de 1294), y en ello no hizo más que seguir la costumbre que tenía establecida, pues de igual *estratagema* le valió cuando, en rebeldía contra su padre, andaba levantando ciudades en favor de Sancho el Bravo. «Encerrada en la fortaleza de Zamora la mujer de su alcaide, D. Gutiérrez Pérez,—dice un historiador,—la cual había dejado en la ciudad, á cargo de una fiel nodriza, el hijo que diera á luz pocos días antes, y que había caído en poder de D. Juan, entregó á éste el alcázar para evitar el asesinato del niño, con que le amenazaba el desalmado príncipe.»

De manera que en la historia del bandolerismo debería figurar el señor infante D. Juan como uno de los más ilustres compañeros de los Juanillones, Melgares y demás famosos secuestradores.

Por lo demás la infamia del hijo de Alfonso X fué de las más horribles; pues si tenía en su poder al hijo de Guzmán, *de diez años da edad*, era por habérselo aquel confiado cuando eran amigos para que lo llevara al lado de D. Dionis de Portugal, encargo que no pudo cumplir el D. Juan por los azares de su borrascosa vida.

Aun se conserva hoy, si bien muy deteriorado, el torreón desde cuyas almenas arrojó el puñal D. Alonso, viéndose en él la siguiente inscripción, en una lápida de mármol: *Præferre patriam liberis parentem decet.*

Por lo demás Tarifa es una bonita ciudad, y su semáforo presta hoy grandes servicios para dar noticia de los buques que embocan ó desembocan en el Estrecho.

Como evoluciona una imagen

Dícese que una noticia, después de pasar por tres ó cuatro bocas, se altera de tal modo que en nada se parece á la primitiva, y lo mismo puede aplicarse á las imágenes, en general. Nada más curioso, á este respecto, que el experimento practicado por el general Pitt Rivers y Mr. Henry Balfour. Dieron á copiar á un alumno un dibujo de Patroclo, según los mármoles de Egina; hecha la copia, fué dada á otro para que la copiara, y así sucesivamente hasta doce. La última copia no se parecía ya absolutamente nada á la primera; el pobre Patrocho aparecía convertido en una vieja cubierta con un casco, y los dos músculos pectorales tan vigorosamente acusados en el original se habían transformado en una hopalanda que cubría los brazos. Igual sucede de una manera muy notable, en muchos trabajos antiguos y modernos. Los Novo Guineanos, pueblo esencialmente pescador, solían llevar como pendientes unos gruesos anzuelos de concha. Desviado de su verdadero uso, el anzuelo se fué modificando en su forma; embotóse, ensanchóse y alargóse la punta en espiral para ser fijada en un tallo, y así quedó convertido en un rizo, pudiendo citarse muchos ejemplos parecidos en las formas de los dijes de los pueblos incivilizados.

Por otra parte los *artistas* salvajes son perezosos, y al copiar lo que era ya una copia prescinden de reproducir muchos detalles y á fuerza de simplificar acaban por trazar solamente una escritura figurativa. Verdad es que á veces hacen lo mismo los artistas más cultos, pues no otra cosa sucedió en los primeros siglos del cristianismo, cuando desapareció el arte antiguo. Todo se reducía á copiar, y las copias de las copias acababan por no dar ni la más remota idea del original. Véase la degradación que experimentó la forma humana comparando el Apolo de Belvedere y una imagen bizantina de los siglos V y VI.

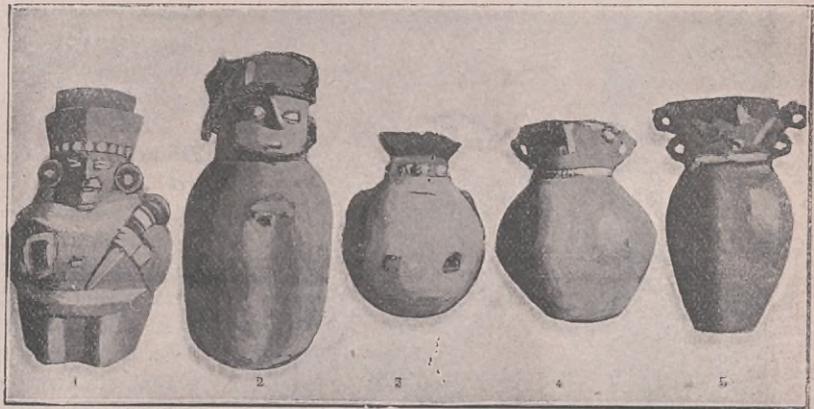
Elocuente ejemplo de lo que decimos nos ofrece la serie de vasos peruanos que figuran hoy en estas páginas; ¡cuánta diferencia del primitivo vaso, núm. 1, al último, núm. 5! De cada vez aparece más *esquematisado* el ser humano, hasta ser apenas vagamente sospechada su forma en el vaso último.

El núm. 1 tiene los cuatro miembros, la cabeza está bien modelada, el artista ha adornado las orejas con anchos aretes y ha cubierto la imagen con un birrete. Viene otro alfarero, y apenas indica los miembros, suprime accesorios y descuida de la manera más de-

plorable el modelado. El tercero *se come* la cara, reducida á algunos relieves horizontales.

El cuarto elimina todavía más y convierte los aretes en asas, y por fin el último desdobra las asas y solo deja vestigios de la nariz y la boca.

Pero no se crea que eso sea exclusivamente propio de los peruanos. Los griegos, que tan admirables obras nos han legado, modelaban también *dioses* con barro cocido, de la manera más tosca, y para *fabricarlos* más aprisa y barato no vacilaban en prescindir de las partes más esenciales, reduciendo la figura humana á un larguísimo torso y á un cuello, sin brazos ni piernas, pero no importaba eso; los fieles reconocían un *dios* en aquel *bulto*, de igual manera que los niños de teta del siglo XX reconocen una fi-



LA EVOLUCIÓN DEL DIBUJO DEMOSTRADA POR CINCO EJEMPLARES DE VASOS PERUANOS. DESDE 1 Á 5 LA DEFORMACIÓN SE VA ACENTUANDO HASTA QUEDAR APENAS RASTRO DEL MODELO PRIMITIVO.

gura humana en esas muñecas de cartón, *prehistóricas*, con granos de arena en el interior, que forman el encanto de los *rorros*.

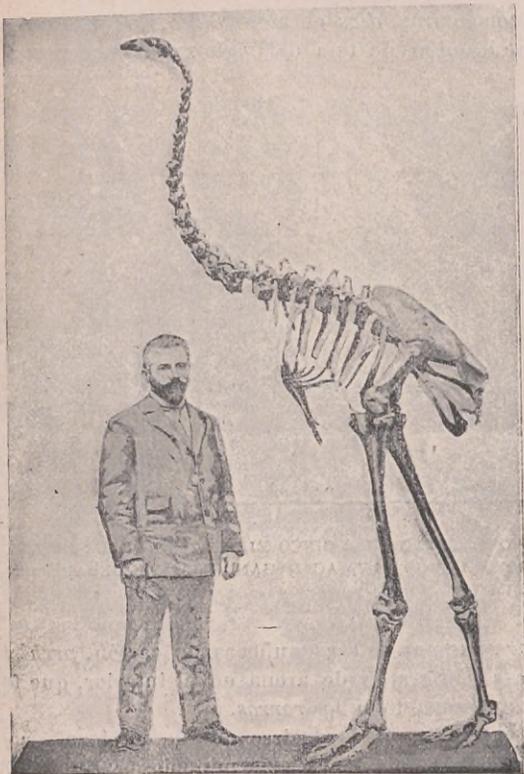
En suma, puede decirse que se empieza por reproducir de la manera más minuciosa y realista los originales y que luego viene la *simplificación*, operación que en manos de Puvis de Chavannes es un portento de genio, pero que, practicada por un alfarero peruano ó por un fabricante de muñecas baratas constituye un adfesio.

Por fin, la *esquematisación* del modelo puede ser debida al gusto del artista ó responder á una necesidad industrial. En el caso de tener que mezclar seres animados en una ornamentación geométrica, el artista, para evitar toda discordancia, las adapta al conjunto *geometrizándolas*. De ahí que para adornar sus monumentos los egipcios con el loto y los griegos con el acanto redujeran esas plantas á algunas simples líneas, y de ahí también que en el decorado de los tejidos, no pudiendo el telar reproducir las curvas, se hicieran los dibujos cortándose las líneas en ángulo recto.

En suma, los dibujos del hombre primitivo eran justos, y el arte primero fué realista, pero, al evolucionar la imagen se apartó de la naturaleza se hizo menguada, esquemática y grosera y tan inhábil apareció que se la comparó, inexactamente, al trabajo de un niño.

Un ave gigantesca

Nada más curioso, desde el punto de vista zoológico, que aquel rincón del globo donde se encuentran la Australia, la Tierra de Van Diemen, Nueva Guinea, Nueva Zelandia, etc., de tal manera que puede decirse que allí subsisten los últimos super-



EL «DINORNIS ROBUSTUS» DE NUEVA ZELANDIA

vivientes de las pasadas generaciones y cabe observar aun en estado viviente los rarísimos vástagos de las especies desaparecidas que poblaban la Tierra en las anteriores épocas geológicas. Si entre los mamíferos abundan los marsupiales y monotremas, entre las aves viven aun el curioso *Apteryx* y no ha mucho todavía se podía ver el gigantesco *Dinornis*.

Vivía esta ave en Nueva Zelandia, en tiempos en que no se conocía allí otros mamíferos que una rata de pequeñas dimensiones y lizas, y de ahí que los indígenas persiguieran sin descanso al *Dinornis*, único animal que tenían para su alimento y al cual designaban con el nombre genérico de *Moa* (gallina), designación que comprendía asimismo á todas las

aves que encontraron en la isla los indígenas al pisar su suelo por primera vez.

Tal persecución acabó con todos los *Dinornis*, de los cuales no quedaron más que los huesos, y estudiado uno de estos por Owen en 1839, en ocasión en que no se sabía su procedencia, lo reconoció dicho naturalista por un hueso de ave. Posteriormente se han recogido no solamente huesos, sino esqueletos enteros de *Dinornis* habiéndose comprobado la existencia de 14 especies.

No las citaremos todas, pero si diremos que el *Dinornis giganteus* mide 3'50 metros de alzada; el *Dinornis elephantopus*, así llamado por el parecido de sus pies con los del elefante, 1'50; el *Dinornis crassus*, 1'50, pero su osamenta es más robusta que la de los anteriores; así el *Dinornis elephantopus* como el *Dinornis crassus* vivían en manadas, como lo demuestra la existencia de grandes acumulaciones de esqueletos en ciertos pantanos, al paso que el *Dinornis giganteus* vivía solo. El *Dinornis didiformis* no pasaba de 1'20. Estas cuatro especies están representadas por sendos esqueletos en el Museo de Historia Natural del Jardín de Plantas de Paris.

El Museo de Magdeburg posee un ejemplar del *Dinornis robustus* que reproducimos en nuestro grabado.

Los caracteres generales del género *Dinornis* consisten en una osamenta muy maciza, indicadora de una fuerza de resistencia enorme, y una potencia para la carrera superior á la del avestruz.

Los naturalistas han observado que los *Ratites*, ó sea la familia á que pertenecen los avestruces, casoares, nandús, *apterix*, *dinornis*, *epyornis*, etc., son la forma más antigua de aves que ha aparecido sobre la tierra y por lo mismo los que presentan caracteres más parecidos á los de los reptiles.

Ecós de la curiosidad

16. ¿Es contagiosa la fiebre tifoidea?

En opinión de autorizados médicos lo es, pero muy poco, muchísimo menos que la viruela, el sarampion, la escarlatina, la pneumonia infecciosa, la grippe, la erisipela, etc. Lo que hay es que como ataca á veces á varias personas de una misma familia y también con frecuencia á los habitantes de diversos pisos de una misma casa parece que haya habido contagio, siendo así que lo que ha habido ha sido una infección comun, probablemente por el uso de una agua contaminada.

El agua, en efecto, parece ser el vehiculo principal, sino único, de la infección, en prueba de lo cual podrian citarse muchísimas observaciones, pero bastará con la que sigue, que es muy reciente.

De regreso al pueblecillo de donde era hijo un soldado inglés que habia estado enfermo de fiebre tifoidea en el Transvaal, comenzaron á notarse casos de esta enfermedad así en el pueblecillo susodicho

como en otros de los alrededores. El soldado, sin embargo, estaba ahora bueno y sano; procedióse á una investigación y resultó que al excusado en que habia hecho aguas menores el militar comunicaba con un pozo de cuya agua habian bebido los parientes de aquél y los amigos que habian venido á visitarle de los pueblos vecinos. Y es que, durante la convalecencia de la tifoidea y aun meses después quedan en el organismo grandes cantidades del microbio de Eberth, que es el específico de dicha enfermedad, hasta el punto de que reconocida la orina del soldado se encontró que contenia 174 millones de bacterias por centímetro cúbico. Infestada el agua del pozo contrajeron la enfermedad los que habian bebido de ella, pero no los otros. Resulta, pues, que no hubo *contagio* sino *infección*, y aun hay quien asegura que se puede dormir al lado de un tifoideo sin temor á contraer dicha dolencia. Con todo, valdrá más, indudablemente, no hacer la prueba.

DOCTOR GLUTBOOKS

17. ¿Hay algun romance español que se refiera á *Tristan é Iseo*?

Lo único que se conserva es este fragmento de romance de autor anónimo.

Ferido está Don Tristan
De una muy mala lanzada,
Diérasela el Rey su tío
Que celoso dél estaba.
El fierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tiembla el asta:
Valo á ver la reina Iseo
Por la su desdicha mala.
Júntanse boca con boca
Como palomillas mansas,
Llora el uno, llora el otro
La cama bañan en agua;
Allí nace un arboledo
Que azucena se llamaba,
Cualquier mujer que la come,
Luego se siente preñada;
Comióla la reina Iseo
Por la su desdicha mala.

Es una verdadera lástima que no se haya conservado el romance entero, que estaria, seguramente, inspirado en las varias historias que en castellano corrian respecto al famoso caballero bretón.

En la Biblioteca Nacional se conserva un códice con la segunda y tercera partes de *Lanzarote del Lago*, copia de otra que se acabó de escribir á 24 de octubre de 1414 y que al parecer iba seguido de una traducción del libro de *Don Tristan*, francés.

La primera traducción impresa apareció en Valladolid el año 1501 con el título de *Libra del Esforçado caballero Don Tristan de Leonis y de sus grandes hechos en armas*; la traducción, de autor anónimo, es, sin embargo, muy infiel. Reimprimióse en 1528, y después en 1534 reapareció en Sevilla, con una segunda parte, enteramente original. De este libro hay una traducción italiana, publicada en Venecia en 1555. Tomamos estos datos del discurso preliminar escrito por Gayangos para el tomo de *Libros de Caballerías* de Rivadeneyra.

Z. PALOMEQUE

18. ¿Por qué se dice habla Beltrán, y habla por su mal?

«Un mochacho llevaba dos redomas de vino por la calle, y por apartarse de una bestia quebró la una con la otra, y entrando llorando por su casa, preguntóle su amo (que se decia Beltrán) la causa porque lloraba. Respondió «he quebrado, señor, la redoma.» «—¿Y de que manera?—dijo el amo». Entonces el mochacho da con la redoma que traia quebrada en la sana, y hácela pedazos diciendo: «desta manera la quebré, señor». El amo con paciencia respondió: «habla Beltrán y habla por su mal». (Juan de Timoneda: *El Sobremesa y alivio de caminantes*).

PRAGUNTAS

22. ¿Quienes eran los Guanches?
23. ¿Porque se llama *Quintañones* á los viejos?
24. ¿Quién es Máximo Gorki?

EL TOCADO Y LA TECHUMBRE

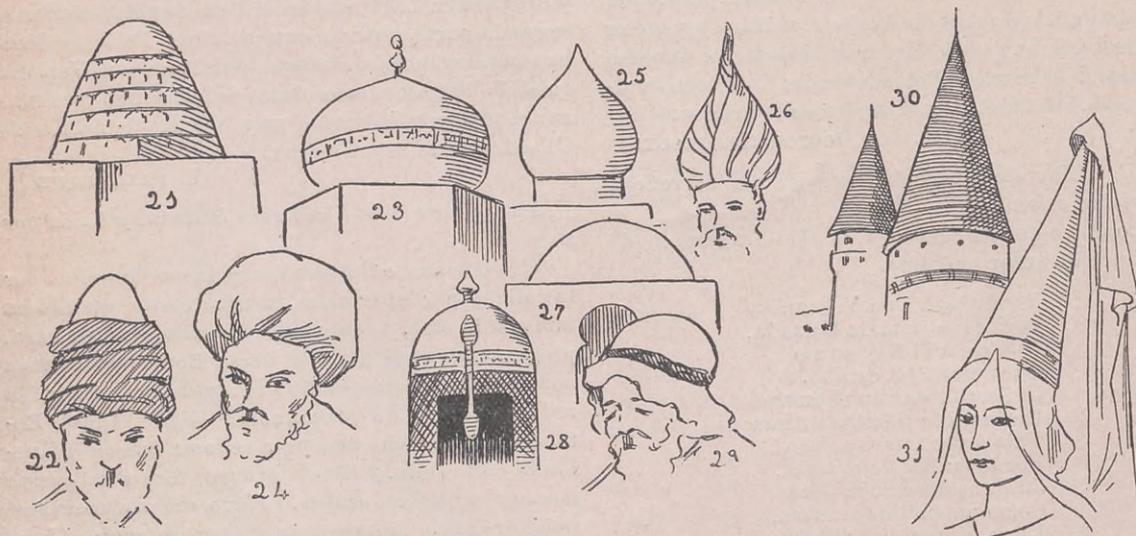
No puede ser más ingeniosa ni convincente la similitud, señalada por el arquitecto marsellés M. Esperandieu y completada por M. Saunier, de las relaciones existentes entre *el tocado y la techumbre*, según las épocas y los países. Basta echar una ojeada á los apuntes que reproducimos para que salte á la vista dicha paridad.



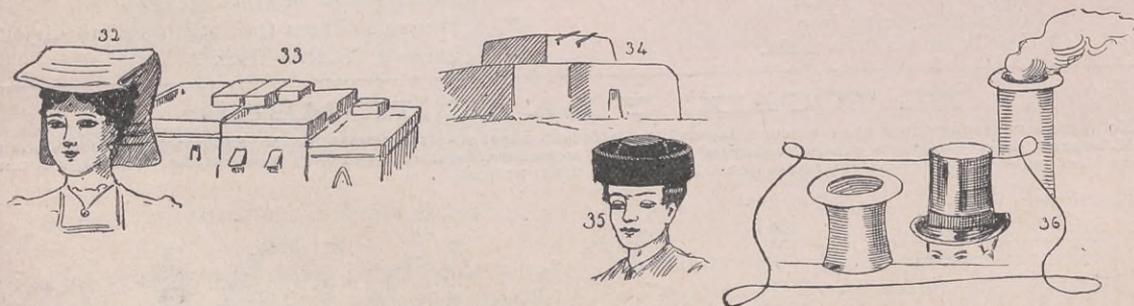
1. Techo compuesto de dos lienzos A que recubren el edificio y terminan en saledizos A' que protegen la fachada.—2. Igual es el tocado. La calota ó casquete B recubre la cabeza y el reborde B' protege el rostro.—3, 5, 7. Ochozas y cabañas del Sudan.—ny 6. Sombreros de paja trenzada de los salvajes de la Micronesia y la Melanesia.—8. Habitación kirguiza.—9. Sombrero araucano.—10. Célebre y conocida tumba de Absalon, en el valle de Josafat.—11. Joven de Tanagra, tocada con la *causis* tesaliana.



12. Frontón de templo griego.—13. Tocado griego antiguo.—14. Japonés de la clase media.—15. Remate de una casa japonesa.—16 y 17.—Tocados chinos.—18. Techo de un kiosko japonés.—19. Tocado de los cómicos siameses.—20. Cúspide de un pnom cambodjiano.



21. Cúpula del Isman Zadé Tull (Persia) —22. Tocado kurdo.—23. Cúpula de la fuente de las abluciones de una mezquita del Cairo.—24. Tocado de hombre en Susa.—25. Cúpula de la mezquita de Hasvet (Turkistan).—26. Tocado del Chah Haméh.—27. Morabito musulmán —28. Casco sarraceno.—29. Kábila argelino.—30. Torres feudales, con techos en caperuza.—31. Tocado de dama noble del siglo xii.



32. Campesina romana de Sorimo.—33. Techos en terraza de las casas italianas.—34. Casas de Elche —35. Calafés.—36. Chimeneas y chisteras.

¡Eche usted títulos!—El duque de Medinaceli, es duque de Feria, de Alcalá de Camiña, de Cardona, de Santisteban, de Segorbe, marqués de Alcalá, de la Alameda, de Aytona, de Comares, de Cogolludo, de Denia, de Malagón, de Montalbán, de las Navas, de Pallars, de Priego, de Solera, de Tarifa, de Villafraanca, de Villalba, de Villarreal, conde de Alcoitin, de Ampurias, de Buendía, de Castellar, de Cocentai-

na, de Medellín, de Molares, de Osana, de Prades, del Risco, de Santa Gadea, de Valenza y Valadares, de Villalonso, vizconde de Bas, de Cabrera, de Villamur, diez veces grande de España de primera clase.

Sabido es que los duques de Medinaceli descienden del infante de la Cerda, desposeido del trono por su hermano Sancho IV, rey por la voluntad nacional.

Las máquinas agrícolas automóviles

Poco á poco se ha ido introduciendo en la agricultura lo que se llama el *maquinismo*, ya bajo la forma de máquinas de batir, de segadoras, gavilleras, etc., ya bajo la de segadoras, pero excepción hecha de las batidoras, en las cuales la fuerza motriz es suministrada aun por caballos, puede decirse que siempre se confía á una bestia de tiro el desplazamiento y funcionamiento de esas máquinas.

Modernamente se ha querido recurrir á la tracción mecánica y se han hecho ensayos con el vapor y la electricidad, todos ellos complicados y costosos, hasta que se ha conseguido disponer de un arado con un motor intimamente enlazado al mismo.

De ahí las locomotoras agrícolas, que arrastran en pos de sí el arado, como lo haría un tronco de caballos, pudiendo servir de prototipo de este gé-



FIG. 1—LOCOMOTORA AGRÍCOLA PARMITER

nero la locomotorilla americana de Parmiter. (Figura 1). Esta máquina, de 4 caballos de fuerza, tiene 4 ruedas, pero posee además, detrás, un grueso rodillo acanalado enfilado sobre el mismo eje que las ruedas portadoras posteriores, el cual da mucha base á la locomotora, asegurándole mejor adherencia para la propulsión. Detrás de esta locomotora se puede disponer una barra de tracción transversal á la cual se enganchan con cadenas, ya sea dos arados de gran rendimiento, ya escarificadores ú otros instrumentos agrícolas, ya en fin, carretones de transporte, puesto que la locomotora puede funcionar como simple caminera y servir para los transportes agrícolas. El coste del trabajo con esa locomotora resulta á 5 pesetas por $\frac{1}{10}$ hectárea. El ingenio ese labra á 20 centímetros de profundidad, haciendo la faena de 6 yuntas ordinarias.

Pero lo mismo ese aparato que otros varios no presentan una unión íntima entre la parte motriz y el instrumento agrícola propiamente dicho. Veamos, pues, lo que han hecho otros inventores.

El señor Bogos Bajá Nubar ha construido un arado automotor que además es rotativo (figura 2). En este sistema, la parte encargada de trabajar la tierra comprende una serie de tres discos que no están dispuestos en el mismo plano, aunque se hallan al lado unos de otros, y cada uno de los cuales lleva montadas en su circunferencia sólidas rejas de acero. Esos tres discos están colocados sobre un chasis establecido en la parte posterior de una locomotora caminera, cuyo mecanismo les pone en rotación. A medida que avanza la locomotora, los discos giran y sus cuchillas periféricas encentan la tierra y la cortan en rebanadas cuya espesor es susceptible de variar según el andar que se da al instrumento, en consonancia con la naturaleza del terreno. De esta suerte se puede obtener una verdadera pulverización del suelo. Esta locomotora puede arar tres hectáreas en 12 horas.

La segadora americana de Mac Cormick (figura 3), es también una máquina muy recomendable, consistiendo en un verdadero triciclo de petróleo. Se han conservado en ella todas las disposiciones características de las segadoras por detrás con intermediación de una cadena sin fin que obra sobre una rueda y un *embrayage* de fricción dispuesto sobre el árbol principal de la segadora; dicho *embrayage* está combinado de suerte que puede gobernar sea una rueda

de ángulo montada á un lado, sea la que está montada en el lado opuesto, y de esta manera se obtiene el movimiento de avance ó el movimiento hacia atrás.

Aparte de esto, las dos ruedas de ángulo gobiernan un piñón que obra sobre el volante y sobre el árbol de las cuchillas.

Se puede aumentar ó disminuir la velocidad de marcha de la máquina por una sencilla maniobra de palanca reguladora.

Todo el mecanismo de *embrayage* es fácilmente gobernado por el conductor del aparato gracias á un pedal y la dirección está asegurada por una barra recta colocada delante y que obra sobre la rueda directora de adelante.

Delante de esta dirección se halla el depósito, que contiene á la vez la pila de inflamación, el petróleo y el agua de circulación.

Definitivamente vamos por un camino que determinará trascendentales transformaciones en el material agrícola.

La cuestión del cáncer

Comienza á preocupar muy seriamente á los higienistas el alarmante desarrollo que va adquiriendo la horrible enfermedad que hemos citado, pues resulta que solamente en Paris mueren de ella, cada

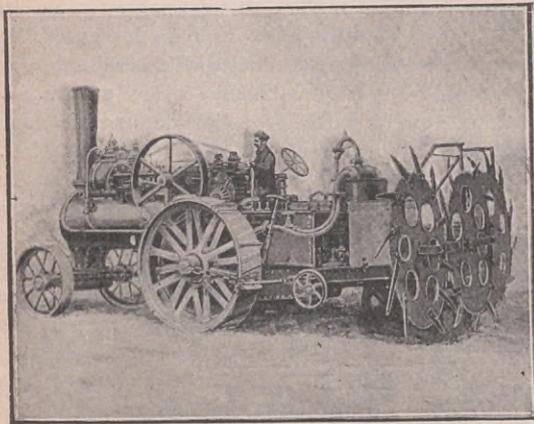


FIG. 2.—ARADO AUTOMOTOR DE BOGHVS BAJÁ NUBAR

semana, de 50 á 60 personas, de manera que la mortalidad por cáncer sigue por orden de frecuencia á la tisis, las apoplejias, los reblandecimientos cerebrales y las afecciones del aparato respiratorio.

Ya desde hace meses, se está procediendo en los Estados Unidos y Alemania á concienzudas investigaciones sobre las causas que hayan podido contribuir al incremento del terrible mal, pero hasta ahora se ha adelantado poco, por más que se hayan descubierto particularidades verdaderamente sorprendentes.

Parece ser, pues, que esta enfermedad es casi exclusiva de la zona templada, estando exentas de ella las zonas cálida y glacial, pero no toda la zona templada es igualmente favorable á su desarrollo, sino que éste depende, según trazas, de la constitución geológica de los terrenos. De ahí que al lado de una localidad azotada por el cáncer haya otra en la cual es desconocido éste.

Pero no para aquí la cosa: hay, dentro de los pueblos de cáncer, *calles* de esto, y en las *calles* hay *casas* de cáncer, y en las mismas casas, *cuartos* especialmente cancerosos.

Hay muchos ejemplos de *casas* cuyos vecinos consecutivos han contraído el cáncer, y de habitaciones siniestramente predestinadas que en ellas sucediera lo mismo.

Según datos, los terrenos bajos y húmedos son especialmente favorables á la propagación del mal, viéndose libres del mismo los puntos altos sobre terreno granítico, ó los que están situados en las laderas de las montañas. En cambio son fatales los emplazamientos á la orilla del agua ó en la proximidad de los bosques. Respecto á lo primero, cabe suponer que el agua sirva de vehiculo al microbio específico,

si lo hay, de la mentada enfermedad; respecto á lo segundo lo explican algunos suponiendo que se trata de picaduras de insectos que han absorbido la secreción de los chancros que padecen ciertos árboles. Sea como fuere, hay en eso un profundo misterio, pues no deja de ser chocante que se pueda inocular el cáncer de las personas á robustos árboles, que acaban por sucumbir.

Un emperador laborioso

Se han publicado hasta hoy 27,000 cartas de Napoleón I, pero, lo que menos, escribió el doble, de modo que salen á 15 cartas por día. Por supuesto que no las escribía *manu propria*, á lo cual hay que añadir que tenía un caracter... de letra horripalante.

Descifrar sus garabatos era obra de romanos y hay que admirar la sagacidad de sus secretarios, que conseguían, á fuerza de tiempo y de paciencia, desentrañar su sentido. Se dejaba en el tintero la mitad de las letras de una palabra y la mitad de las palabras de una frase, y jamás quiso volver á leer lo que había escrito, en lo cual hay algunos que se parecen á Napoleón.

Agréguese á esto que empleaba la ortografía que le daba la imperial gana, aumentando así las dificultades de la interpretación.

El emperador tuvo tres secretarios: Bourrienne, que entró en funciones en 1797 y fué despedido al cabo de algunos años por chanchullero, siendo después uno de los principales corifeos de la Restauración y grande calumniador de Bonaparte; el barón de Meneval, que desempeñó lealmente su cargo hasta 1813 y el barón Fain, que sucedió á Meneval y sirvió á su amo hasta su destierro á Santa Elena.

Agradecido Napoleón á los buenos servicios de

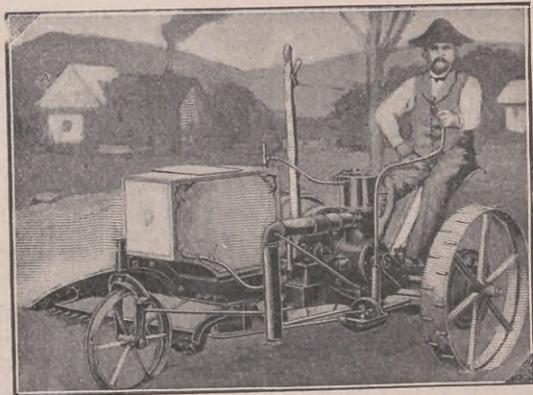


FIG. 3.—SEGADORA AUTOMÓVIL DE MAC CORMICK

Meneval le legó 100,000 francos en su testamento y bien se los debía, pues consta que muchas veces el infortunado secretario tuvo que trabajar 36 horas seguidas, sin salir del gabinete.

Riquitis

Erase un mungo (1), que llevó á cabo grandes proezas en el cuarto de baño de una quinta de la India, allá mas arriba de Lahore, y éranse además un pájaro-sastre y una rata almizclada, que el primero con su cooperación y la otra con sus consejos fueron de grande utilidad á nuestro héroe, cuyo nombre era Riquitis. El pájaro se llamaba Darsis y la rata Chilindrina.

Recordaba el mungo por su pelambre y por su parecido á un gatito, pero la cabeza y las costumbres eran mejor las de una comadreja. Cuando se deslizaba por en medio de las yerbas su grito de guerra era: *Rick-tick-tickki tickki-tckh!*, de donde, por abreviación, *Riquitis*.

Un día que se salió de madre el río fué arrebatado por las aguas al cariño de sus padres, y medio ahogado fué á parar al jardín de una quinta, privado absolutamente de conocimiento. Un niño que por allí correteaba lo vió y dijo:

—¡Es una comadreja muerta! ¡Vamos á enterrarla!

—No,—respondió su madre,—pongámosla á secar; puede que aun no esté muerta.

Le envolvieron, pues, en algodones, la acercaron al amor de la lumbre y al poco tiempo Riquitis volvia en sí.

—Vamos á ver que va á hacer ahora,—dijo á esto el padre, que habia dirigido las operaciones del salvamento.—No hay que asustarle.

Lo que hizo Riquitis fué mirar la capa de algodón en que estaba envuelto: vió que no era bueno de comer, corrió en torno de la mesa, se sentó, se peinó, se rascó y saltó sobre el hombro del niño.

—No temas, Dyck,—dijo su padre.—No te hará ningún mal.

—Es que me hace cosquillas bajo la barba,—respondió Dyck.

Riquitis miró entre el cuello del niño y el cuello de la camisa, husmeó su oreja y bajó al suelo.

—Parece imposible que digan que los mungos son ariscos,—dijo la madre;—á bien que se mostrará tan manso por lo que le hemos cuidado.

—No; todos son así,—respondió el padre,—si no se le inquieta correrá por la casa todo el día. Démosle algo de comer.

Le dieron un pedacito de carne cruda; Riquitis la encontró muy buena, y luego salió á la galeria á tomar el sol, no tardando en sentirse mejor.

—En esta casa hay mucho que descubrir,—dijo el mungo.—La divisa de mi familia es «Busca y encontrarás». Buscaré.

Dedicóse todo el día á recorrer la casa; de todo se enteró; se metió por los cubos de agua, metió la nariz en un tintero, se quemó con la punta de cigarro del dueño de la casa al curiosear sobre sus

rodillas para ver como escribía; vió como encendían las lámparas de petróleo y al meterse Dyck en cama, se metió él también. Con todo era un compañero harto inquieto; no hacia mas que subir y bajar para inquirir la causa de cualquier ruido que se oyera.

Los padres fueron á ver al niño antes de retirarse, y la madre no pudo menos que manifestar su temor de que el mungo pudiera quizá morder al niño.

—Nada de eso hará,—respondió el marido;—más seguro está Dyck con esta bestiezueta que si lo custodiara un bulldog. Si llegase á entrar en el cuarto alguna sierpe...

—¡No lo permita Dios!—exclamó la madre.

Al día siguiente, de mañanita, después de haber almorzado Riquitis sobre las rodillas de Dyck salió á reconocer el jardín. Era un jardín muy grande, solo cultivado en una mitad, con magníficos arriates de rosales, limoneros, naranjos, bambues y malezas.

—¡Magnífico terreno de caza! dijo, y á esta idea su cola se erizó en forma de escobilla.

Púsose, pues, á correr de arriba abajo y de abajo arriba del jardín cuando de pronto oyó que de un jaral salian lastimeros gritos.

Eran Darsis, el pájaro-sastre, y su mujer. Habíanse labrado un hermoso nido juntando dos anchas hojas cuyos bordes habian cosido con fibras y llenado el interior de algodón y de borras suaves. El nido se balanceaba mientras lloraban los esposos, abalanzados sobre la proa.

—¿Que tenéis?—preguntó Riquitis.

—¡'h, que desgraciados somos!—respondió Darsis.—Ayer se nos cayó un niño del nido, y se lo ha comido Nag.

—En efecto, es sensible eso,—replicó Riquitis.—Pero no conozco bien estos lugares ¿Quién es Nag?

Darsis y su mujer, por toda respuesta se acurrucaron en su nido, al mismo tiempo que se oía salir, de en medio de la espesura, un silbido sordo, un horrible sonido helado, que hizo dar un salto atrás á Riquitis. Entonces, pulgada á pulgada, se fué levantando de la yerba la cabeza de Nag, la gran serpiente cobra negra, que bien mediria siete palmos desde la cabeza á la cola.

La serpiente miró á Riquitis, y balanceándose con el tercio de su cuerpo erguido, dijo:

—¿Quién es Nag? Pues Nag, soy yo. ¡Mira y tiembla!

Y extendió cuanto pudo su capuchón; Riquitis, en efecto, tuvo miedo, pero solo por un minuto, que es el máximo de tiempo que pueden tener miedo los mungos. Además, sabia por su madre que el ministerio social de los de su familia, llegados á la edad adulta, consiste en hacer la guerra á las serpientes y comerlas.

Y como también sabia eso Nag, de ahí que en el fondo de su helado corazón no las tuviese todas consigo.

(1) Cuadrúpedo carnívoros, parecido á la garduña; llámase también. *icneumon*.

—Vamos á ver,—dijo Riquitis, y su cola se hinchó de nuevo.—¿Sabéis que está muy mal hecho comerse los pájaros que se caen de los nidos?

Nag, no perdía de vista los menores movimientos de la yerba detrás de Riquitis. No ignoraba que un mungo en el jardín significaba la muerte, en plazo más ó menos largo, de él y de su familia.

—Hablemos,—respondió, bajando algo la cabeza.—Si vosotros coméis huevos ¿porque no hemos nosotros de comer pájaros?

—¡Detrás! ¡Mirad detrás!—cantó Darsis.

Riquitis no perdió momento. Saltó tan alto como pudo, y precisamente debajo de él silbó la cabeza de Nagina, la malvada mujer de Nag. Había ido arrastrándose durante la conversación, para acabar



de pronto, y Riquitis oyó su silbido de rabia cuando vió que había errado el golpe. A ser un mungo viejo, á buen seguro se rompía las costillas al caer, pero no sucedió así; temió con todo que la cobra no le arrimase un latigazo; la mordió algo, pero por poco tiempo, y saltó fuera del alcance de la cola, dejando á Nagina magullada y furiosa.

—¡Maldito, maldito Darsis!—gritó Nag, é hizo restallar su cola en dirección al nido; pero no le alcanzó.

Una vez en salvó no dejó de reconocer Riquitis que tratándose de un mungo joven, como él era, había por que felicitarse de haber sabido evitar tan hábilmente un golpe por detrás; de ahí que se sintiera lleno de confianza en sí mismo, y que al ver bajar corriendo á Dyck se dispusiera á dejarse acariciar, pero precisamente en el momento en que

Dyck se inclinaba para cogerlo, revolvióse algo en el polvo y se oyó una vocecita que decía:

—¡Cuidado! ¡Soy la Muerte!

Era Keret, la minúscula serpiente de color de arena que gusta de permanecer disimulada en el polvo. Su mordedura es tan peligrosa como la del cobra, pero como es pequeñísima y pasa inadvertida, causa muchos más estragos.

Riquitis buscó el punto vulnerable de Keret, lo cual era mas arriesgado aun que ir contra Nag. La pequeñez del reptil, su extrema movilidad le permitían burlar la agilidad y prontitud de vueltas de Riquitis. Antes que este acometiera, lanzóse ella contra el mungo, y le vino de un tris que no le mordiera en un hombro.

Dyck se fué á todo correr á su casa, gritando:

—¡Vengan á ver! ¡Nuestro mungo está matando á una serpiente!

La madre lanzó un grito y el padre se echó afuera con un palo, pero en el entretanto Keret había soltado una estocada imprudente y Riquitis saltándole sobre el lomo, con la cabeza entre las patas, le había mordido cerca de la cabeza, y dejado sin movimiento, después de lo cual, no dignándose comérsela para no cargarse el estómago, se sentó sobre el polvo, para descansar al mismo tiempo que el padre de Dyck remataba con un palo al reptil.

La madre de Dyck no permitió que Riquitis estuviera en aquella postura, sino que llorando á lágrima viva, lo cogió en sus brazos, diciéndole que había salvado á Dyck de la muerte. El padre declaró que era una providencia, y Dyck miraba á un lado y á otro todo asombrado.

Aquella tarde, á la hora de comer, Riquitis hubiera podido llenarse el buche de las cosas mas sabrosas y de las golosinas mas agradables, pero tenia muy presentes á Nag y Nagina, y se contentó con las caricias de la señora y con estar echado sobre el hombro de Dyck, lanzando de vez en cuando, al pensar en las cobras, su grito de guerra ¡*Rick-tick-tickki-tickk-tchk!*

Dyck se lo llevó á dormir consigo, y se lo puso bajo la barbilla. Riquitis dejó hacer, pero en cuanto el niño hubo quedado dormido se fué á rondar por la casa, y en la oscuridad hubo de toparse con Chilindrina, la rata almizclada que iba refrescándose contra las paredes.

—¡No me mates, Riquitis! ¡No me mates!—exclamó la mísera.

—¡Oiga la necia!—respondió Riquitis con desprecio.—¿Se figura que un matador de serpientes se va á entretener en matar ratas almizcladas?

—Es que los que matan serpientes, por serpientes serán matados,—exclamó Chilindrina, con acento más doloroso aun.—Y además, ¿quién me dice á mí que cualquier noche no me va Nag á tomar por tí?

—No hay cuidado,—respondió Riquitis.—Nag está en el jardín y tú no vas.

—Es que mi primo Chua, el ratón, me ha conta-

do que Nag está en todas partes. Hubiérais debido hablarle á Chua.

—No lo he visto pero ya me dirás tú lo que pasa. Conque, pronto, ó te muerdo.

—No... no he de deciros nada,—dijo sollozando. —¡Chist! ¿No oyes, Riquitis?

Riquitis escuchó. La casa parecía hallarse tan tranquila como era posible, pero, sin embargo, prestando atento oído creyó oír un imperceptible *crac-crac*, un rumor tan ligero como el de un moscardón caminando sobre un cristal.

—Es Nag ó Nagina que están rampando por la cañería del cuarto del baño. Tienes razón, Chilindrina; hubiera debido hablarle á Chua.

Riquitis se deslizó en el cuarto del baño de Dyck, pero no vió á nadie, y después en el de la madre. Allí oyó rumor de voces que salían del pavimento, de donde se había sacado un ladrillo para el paso de una cañería, junto á la bañera. Riquitis oyó cuchichear á Nag y Nagina á la claridad de la luna.

—Cuando la casa esté vacía,—decía Nagina á su marido,—no tendrá más remedio que marcharse y entonces tomaremos posesión del jardín. Entra, pues, con todo cuidado, y no olvides que el primero á quién hay que morder es al hombre que mató á Keret. Luego, vuelves, y le daremos caza á Riquitis.

—Bueno; mataré al hombre y á su mujer, y después al niño. Con eso quedará vacía la quinta, y Riquitis se largará.

Riquitis se estremeció de rabia y de odio al oír aquellas infamias; luego vió salir de la cañería la cabeza de Nag, seguida de seis palmos de su cuerpo escamoso y frío. Nag se irguió y miró á través de la oscuridad.

—Si le mato ahora,—pensó Riquitis,—lo sabrá Nagina, pero por otra parte, si le presento batalla en el suelo, las ventajas son para él. ¿Qué hacer?

Nag onduló de aquí y de allá y Riquitis le oyó beber en la tinaja mas grande que servía para llenar la bañera.

—Bueno; esperaré aquí á que venga el hombre, que á buen seguro, no llevará ahora ningún palo como aquel con que mató á Keret. ¿Oyes, Nagina? Esperaré aquí, á la fresca, hasta el día.

Nadie contestó, lo cual hizo suponer á Riquitis que la hembra se había marchado. Nag se replegó sobre sí mismo, anillo por anillo, en el fondo de la tinaja, y Riquitis se estuvo quieto como un muerto.

Al cabo de una hora comenzó á moverse, músculo por músculo, hacia la tinaja. Nag se había dormido. Riquitis le examinó con la mayor atención.

—Si no le dejas muerto al primer golpe, buenas noches, Riquitis,—se dijo.—Morderle en la cola no conduce á nada más que á exasperarle; en el cuello, protegido por el capuchón, es demasiado grueso para mí... No hay más que duro y á la cabeza...

Entonces, saltó, é hizo presa. La serpiente se revolvió, apretando á Riquitis contra la tinaja, que daba vertiginosas vueltas; Nag sacó la cola afuera y comenzó á restallarla, derribando cuanto se ha-

llaba á su alcance. Riquitis, á todo esto, hincaba más y más las dientes; si moría que lo encontrasen á lo menos, por honor á la familia, con los dientes cerrados sobre la presa. Poseído de vértigo, molido, á punto de quedar hecho trizas con la violencia de los choques, oyó de pronto como un trueno, una quemante ráfaga le hizo perder el conocimiento y una llama le chamuscó la piel. El hombre había sido despertado por el ruido y acababa de descargar los dos cañones de una escopeta sobre Nag, justamente detrás del capuchón.

Riquitis, con los ojos cerrados, continuaba teniendo firme, creía que había llegado su hora, pero



la cabeza no se meneaba, y el hombre cogiendo al mungo, dijo:

—Otra vez el mungo, Alicia; pero lo que ahora ha salvado es *nuestra vida*.

Entonces la madre de Dyck, con el semblante pálido como la cera, vino y contempló lo que quedaba de Nag, mientras Riquitis, volvía al cuarto de Dyck donde pasó el resto de la noche examinándose delicadamente para ver si realmente estaba roto en cincuenta mil pedazos, como se figuraba.

—Ahora me las tendré que haber con Nagina, que será peor que cinco Nags,—murmuró.—¡Nada! Es preciso que vaya á ver á Darsis. Además, quien sabe cuando van á abrirse los huevos de que habló...

Sin esperar el almuerzo corrió Riquitis al jiral donde Darsis entonaba, á grito pelado, un himno de triunfo. La noticia de la muerte de Nag había corrido ya por todo el jardín, por haber el basurero arrojado su cuerpo sobre el fiemo.

—Pero; ¡estúpido ramillete de plumas!—gritó Riquitis.—¿Te parece si para cantar estamos?

—¡Nag ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!—cantaba Darsis.—El valiente Riquitis le ha cogido por la cabeza y ha aguantado firme. El hombre ha traído un palo que hace *¡bum!* y Nag ha caído en dos pedazos... Ya no se comerá á mis niños.

—Bueno, todo eso es muy cierto,—dijo Riquitis.—Pero ¿dónde está Nagina?

—Nagina se fué á la cañería del cuarto del baño para llamar á Nag,—continuó Darsis,—y Nag ha salido en la punta de un palo, porque el basurero lo re-



cogió en la punta de un palo y lo tiró al estercolero. ¡Gloria al gran Riquitis de los ojos encarnados!

Y Darsis cantaba á rabiarse.

—¡Maldito! Si pudiera llegar hasta tu nido te botaba al agua con todos tus chiquillos. Claro: vosotros estáis seguros ahí, pero yo aquí en tierra no sé de donde me he de guardar. Deja de cantar por un instante.

—Dejaré de hacerlo en honor al grande, al hermoso, al terrible Riquitis... ¿Que hay ¡oh matador! del formidable Nag?

—Por tercera vez: ¿quieres decirme donde está Nagina!

—En el estercolero, cerca del establo, llorando á Nag... ¡Gloria á Riquitis, el de los blancos dientes!

—¡Vete al diablo con mis dientes blancos! ¿Sabes donde guarda sus huevos!

—En el melonar, cerca de la pared, donde da el sol casi todo el día.

—Pues haberlo dicho... Darsis, si es que te que-

da un adarme de juicio, vas á volar hacia el establo, hacer como que tienes rota un ala y dejar que Nagina te dé caza hasta el jara! Es menester que yo vaya al melonar, y si voy ahora, me vería.

Darsis no comprendía bien, y se hacia de penceas, pero su mujer, que sabía que huevos de cobra quería decir, algo más adelante, cobras jóvenes, dejó á Darsis que cuidara de los crios y continuara cantando sus himnos é hizo lo que Riquitis deseaba.

Voló, pues, hacia el establo, haciendo como que tenía un ala rota, y Nagina al verla, comenzó á amenazarla y perseguirla, mientras la pájara-sastra revoloteaba á más y mejor, para apartarla del melonar. Entonces Riquitis se dirigió hacia allí y en la cálida yáciga encontró, hábilmente ocultos, veinticinco huevos, que fué destruyendo con la mayor rapidez, cuando, al llegar al tercero que faltaba, oyó gritar desesperadamente á la mujer de Darsis:

—¡Riquitis! ¡He conducido á Nagina hacia la casa y ha entrado bajo la galería! ¡Corre! ¡corre! ¡quiere matar!

Riquitis aplastó dos huevos, se metió el tercero entre dientes y corrió hacia la galería con toda la rapidez que permitían sus piernas.

Dyck, su padre y su madre estaban sentados á la mesa para almorzar, pero Riquitis vió que no probaban nada. Permanecían inmóviles como estatuas y sus rostros tenían la blancura del mármol. Nagina, arrollada sobre la estera, cerca de la silla de Dyck, á distancia para herirle en su pierna desnuda, se balanceaba cantando un canto de triunfo.

—¡Hijo del hombre que ha matado á Nag!—silbaba.—¡Estate quieto! Espera... ¡Permaneced inmóviles los tres! ¡Si os moveis, le doy, y si no os movéis, también!

—Quietos, Dyck, quietos, decía el padre, pálido como un difunto,

Entonces llegó Riquitis y gritó:

—¡Hola! ¡Volveos, Nagina! ¡Volveos, y en guardia!

—Ya me volveré luego, dijo Nagina... Ya arreglaremos las cuentas después... Mirad que asustados están vuestros amigos... Si os acercáis, muerdo.

—¡Id á ver vuestros huevos en el melonar, Nagina; id á verlos!

La serpiente se volvió á medias y vió el huevo en el suelo de la galería.

—¡Ah! ¡Dádmelo!—dijo.

Riquitis cogió el huevo entre sus patas.

—¿Cuánto me dais por un huevo de serpiente? ¿Por el último de la cria? Los demás están siendo pasto de las hormigas rojas.

Nagina dió una voltereta, olvidándolo todo para salvar al huevo único, y Riquitis vió al padre de Dyck cogerle rápidamente por el hombro, y levantarlo por encima de la mesa, sobre las tazas y los platos, al abrigo y fuera del alcance de Nagina.

—¡Viva! ¡Viva!—exclamó Riquitis.—¡Aquí Nagina! ¡Conmigo! ¡No estaréis viuda mucho tiempo!

—¡Riquitis, dadme el huevo y me iré para no volver más!

—Si; os iréis para no volver más, porque iréis al estercero á hacer compañía á Nag. ¡En guardia, viuda! ¡El hombre ha ido á buscar su escopeta! ¡En guardia!

Nagina, consiguiendo esquivar que Riquitis hiciera presa en ella, llegó hasta el huevo, lo cogió y huyó por el sendero, con la velocidad de una flecha. Riquitis comprendió que debía alcanzarla y acabar, so pena de comenzar todo de nuevo.

La serpiente consiguió llegar hasta su madriguera, pero Riquitis tuvo tiempo aun de hincarle el diente en la cola, y arrastrado por Nagina entró con ella en la lóbrega guarida. Estaba allí oscuro.

—¡Pereció Riquitis!— cantó Darsis.—¡El valiente de los valientes ha muerto! Porque Nagina lo matará á buen seguro bajo tierra.

Pero cuando Darsis llegaba á lo mas patético de su salmodia, estremeciéndose de nuevo la yerba, y Riquitis, cubierto de tierra, apareció de nuevo, sacando una pierna tras otra.

—¡Se acabó!—dijo.—¡La viuda no volverá jamás! Oyéronle las hormigas rojas y comenzaron á bajar en largas columnas.

Riquitis, muy fatigado se echó á dormir, cerca de allí, y no despertó hasta la tarde.

—¡Eh! Darsis,—gritó.—Decidle al Calderero que cuente al jardín que Nagina ha muerto.

El Calderero es un pájaro que produce un ruido igual al de un martillo al dar contra una vasija de cobre; es el pregonero de los jardines indianos y cuenta las noticias al que quiere oírle.

—¡Ding dong-tock! Nag ha muerto ¡dông! Nagina ha muerto! ¡Ding dong-tock!

Y todos los pájaros y ranas comenzaron á gorjear y graznar, de satisfacción.

Cuando Riquitis llegaba á la casa vió salir á su encuentro al padre, á la madre y á Dyck, llorando. Aquella noche comió todo lo que le dieron.

—¡Nos has salvado la vida á todos!—le decían.

Riquitis, medio dormido, respondió:

—Tranquilizaos ya. Todos las cobras están muertos, pero si quedara alguno... ¡aquí estoy yo!

Y en efecto: jamás volvió á parecer por allí ninguna cobra.

Un acróbata y nadador sin brazos

No es precisamente ninguna cosa del otro mundo un hombre sin brazos ó sin piernas, y aun *mujeres-langostas*, así llamadas por no tener las manos y los pies mas que dos dedos, grandísimos, parecidos á las pinzas de aquel sabroso crustáceo; más aun, no por carecer un hombre de brazos deja de ser temible, pues como refiere Ambrosio Pareo, había en su tiempo un joven privado de dichos miembros que «hacia restallar una tralla de carretero teniéndola entre cuello y hombro, y comía, bebía y jugaba á cartas con los pies. A la vez ladrón y asesino, fué ahorcado en Güeldres y después quebrantado en la rueda.»

No uno sino varios han sido los pintores que han manejado los pinceles con los pies,—prescindiendo de los que así *parece* que lo hacen,—pero lo notable es el espectáculo que no ha mucho podía presenciarse en el *Nouveau Cirque* de Paris donde un prusiano llamado Unthan, de cincuenta años de edad, absolutamente privado de brazos, pero robusto y bien conformado en lo demás, el cual ejecuta mil habilidades con los pies: toca el cornetín y el violín, juega á cartas, descorcha botellas con un tirabuzón, se afeita, escribe, etc. Con eso, es sumamente ilustra-



UN ACROBATA Y NADADOR SIN BRAZOS

do, habla diez ó doce lenguas aprendidas en sus excursiones por circos y teatros y aun ha sido periodista.

Sin embargo, el número más maravilloso ha sido el de lanzarse á nadar, ¡sin brazos! en una pista acuática. Se arroja al agua una moneda de cinco francos y un plato, Unthan da un zambullón y reaparece luego con la moneda y el plato en la boca; luego hace planchas, se mantiene inmóvil en el agua y hace todo cuanto puede hacer el más diestro campeón del *sport* natatorio. Según cuenta Unthan, aprendió á nadar una vez que, á la edad de ocho años se cayó al agua. Con aquella lección tuvo bastante.

Los ríos submarinos

La existencia de derrames de agua dulce bajo el nivel del mar ha sido comprobado no ha muchos meses por el geógrafo inglés Mr. Benest, no dejando de ser curioso que se haya descubierto casualmente al reparar las averías de los cables submarinos.

Durante el año 1895 hubo de llamar la atención la frecuencia con que se rompía un cable, nuevo y de excelente fabricación, tendido entre Cabo Verde y el Brasil; practicáronse numerosos sondajes y por

último se abrigó el convencimiento de que debía haber cerca de la costa la desembocadura de un río subterráneo; los aluviones acarreados por éste debían encontrar el cable y á fuerza de empujarlo lo romperían.

Tratose de averiguar que río podría ser y se vió que perpendicular al cable, corría un río que desagaba en las lagunas de Tof, en la costa del Senegal, perdiéndose en la arena. Sin duda este río se ha abierto una comunicación invisible con el mar y es el mismo que se encuentra á 1300 metros bajo el nivel del Atlántico. Por otra parte, durante la reparación del cable, á 24 kilómetros de la costa, el buque que efectuaba aquella operación se vió, de pronto, rodeado de cáscaras de naranja, calabazas y trozos de alfombra, que mal podían proceder del río Senegal, pues este desagua á 140 kilómetros de donde se hallaba el buque. Dichos objetos, pues, debían proceder del mencionado río subterráneo.

Es muy probable que el continuo desagua de esos ríos en el fondo del mar acaba por producir hundimientos en el mismo, donde están tendidos los cables, y de ahí la ruptura de estos al faltarles el sostén.

Por lo demás, concócese perfectamente varios ríos subterráneos: en la costa oriental de Africa, es el Rovuma; en Arica, al norte del Perú, hay un río que desaparece bruscamente bajo la arena para formar, mas cerca ó mas lejos de la costa, una corriente submarina; también se ha reconocido otro río, de esta naturaleza á 18 kilómetros al O. del puerto peruano de Talara.

Precisamente en el interior de las tierras existe una cadena de lagos que desaguan en una profunda sima, y el agua que allí cae debe ser duda la que se derrama luego en alta mar.

El capitán Lugar ha señalado al S O de la isla de Saba, en las Antillas, la emergencia de una gran sábana de agua dulce que se dilata en círculos concéntricos.

En los mares europeos abundan los fenómenos de igual carácter, y aun cerca de Barcelona, en las costas de Garraf, se precipita en el mar un río subterráneo.

Todas esas desviaciones son perfectamente explicables por las innumerables fisuras que surcan el subsuelo de nuestra tierra y que ha estudiado admirablemente el ilustre espeleólogo M. Marbel.

Arqueología

LAS TUMBAS ETRUSCAS DE ORVIETO

Pocas civilizaciones merecen ser estudiadas con el detenimiento que la de los Etruscos, especialmente en España, pues quizás á ese pueblo deben atribuirse las célebres murallas de Tarragona, anteriores á las colonizaciones fenicia y griega del litoral mediterráneo.

¿De donde procedían los Etruscos? Difícil es decidirlo, por mas que Herodoto les atribuye una procedencia asiática. Según sus propias tradiciones llegarían á Italia el siglo XI antes de nuestra era, pero no se dice nada respecto á su punto de partida. Puede, sin embargo, que el nombre de Etruscos debe aplicarse á una aglomeración de razas diversas, que por azar fueron á establecerse en el litoral toscano, fundando una especial civilización.

Conocemos sobre todo el arte etrusco por las tumbas, decoradas con esculturas y pinturas y alhajadas con un mobiliario que recuerda las influencias del Oriente y de la Grecia. También nos quedan como testimonios de la civilización de aquella raza interesantes recintos fortificados cuyo sistema de construcción recuerda el de las construcciones similares de Micenas y Tirinto.

Por punto general las tumbas etruscas consisten en pozos abiertos en la roca viva, los cuales se ramifican alrededor del vestibulo de acceso en numerosas cámaras ó alvéolos, todo al objeto de disimularlas lo posible, de la propia manera que hicieron los constructores de las catacumbas cristianas.

Otras tumbas se hallan ocultas bajo *túmulos*, ó montículos de tierra, ó bien estaban cortadas en un flanco de colina, sobre rocas, constituyendo así como una gruta artificial, pero además las habia en la disposición que representaba nuestro grabado, por más que estas son las menos numerosas.

Estas construcciones han sido descubiertas en Orvieto, ciudad de los antiguos Estados Pontificios, á 95 kilómetros al N O de Roma, y son ciertamente muy anteriores á la fundación de la ciudad de Rómulo y Remo.

Los primeros descubrimientos fueron hechos en 1874; tratábase de una considerable reunión de tumbas, al pie de las rocas, sepultadas bajo terremotos formados por la acción del tiempo, pero que en la época en que fueron edificadas se hallaban á ras del suelo, como otras tantas capillas funerarias, lo cual constituye una singular excepción á la costumbre etrusca de disimular cuidadosamente los enterramientos.

Desde dicho año acá no han cesado de realizarse nuevos descubrimientos, y sin duda falta mucho aún exhumar toda aquella vastísima necrópolis, dividida en *islas ó manzanas*, con sus correspondientes calles.

Cada isla está formada por cuatro hileras de tumbas, aproximadamente iguales en punto á dimensiones. Cada tumba consta de una sola cámara de 3'50 á 3'80 m. de profundidad, por 1'80 ó 2'10 de anchura y 3 de altura. Todas están separadas por una simple pared medianera y cortan las vías en ángulo recto. Los muros, de hiladas bastante regulares, son de toba rojiza, blanduzca, pero de grano regular. La única comunicación que las tumbas tienen en el exterior es la puerta, alta y estrecha, cerrada por un dintel con una inscripción en caracteres etruscos.

SALPICON

«SUUM CUIQUE»

Como en muchas obras se citan equivocadamente los nombres de los convencionales que formaban la Comisión de pesas y medidas y á quienes se debe el establecimiento del sistema métrico, conviene rectificar la lista, haciendo obra de justicia. Así, pues, según resulta de las prolijas investigaciones de M. J. de Joannis, no fueron, los que

Hé aquí algunos párrafos de su excelente artículo:

«Las plazas podrian servir para otros espectáculos muy distintos: los concursos de música regional, y las representaciones á la usanza griega, como no ha mucho se han hecho en Francia.

Lo primero seria digno de una España que es el país más rico del orbe en música popular.

á los estudiantes ingleses y *yankees*, y los primeros nobles acudian al circo para representar á la luz del sol de España una obra de Sófocles, la gente iria tan apresurada ó más que para ver atrocidades *berrendas*.

Y si los empresarios de los teatros llevaban á la escena á *Cármen*, las mantillas blancas y los abanicos chillones lucirian en los palcos.

¿Es esto difícil? Hay que creer que no. Por mi parte, pienso que los señores sacerdotes en el púlpito y los periodistas en la *iglesia* de la Redacción, y cuantos prediquen andando el revivir de España, deben decir al público que no se trata de aburrirle, sino que verá algo más variado que el tema ó *leit motive* del «cuerno infinito», *capa*, *caballo*, *banderilla* y *estocá*; y vuelta á empezar, y esto seis y ocho veces seguidas».

**

—¡Callen!—dijo un magistrado al escuchar un gran ruido en la sala del Juzgado.

—¡Por Dios que estoy aturrido! Diez pleitos he sentenciado sin haberlos entendido!!!

—=—

POLIGRAFÍA

```

** * C** Q* ** C*MP***D*
*L ***L D* ****T** H**T****
** Q** *L V**C*D* *****
M***T*** Q**LQ** V**C*LL***
    
```

Para completar el precedente cantar, se tiene que sustituir cada asterisco por una de las letras de la siguiente

CLAVE

EUFROSINA

Novejarque

La solución en el próximo número

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior Charada.—Cometa.



TUMBAS ETRUSCAS DESCUBIERTAS RECIENTEMENTE EN ORVIETO

dice el reputadísimo Anuario del *Bureau de Longitudes*, desde su fundación, sino Prieur, Barère, Carnot, Billaud Varennes, Lindet y Robespierre.

Y no se crea que la cosa no tenga importancia; cualquier día puede ocurrirse bautizar una nueva *unidad científica* y apelar á los nombres de los supuestos individuos, verbigracia, Collot d'Herbois, Herault-Séchilles, etc., con notoria injusticia.

**

Creemos que deben ser conocidos y propagados los excelentes proyectos que propone el distinguido escritor que firma *Parsifal* relativamente al cambio de objeto de nuestras actuales plazas de toros. *Parsifal* entra en el terreno práctico y expone ideas que son muy dignas de ser tenidas en cuenta.

En la plaza de Barcelona deben oirse sardanas; la música andaluza debe sustituir al griterío en los circos sevillanos; el gaitero debe emular al héroe de Daudet en las plazas de Galicia, y el silbo y el tamboril deben poblar de armonías vascongadas los circos que existen en las provincias del Norte.

Con un poco de espíritu emprendedor, la España que celebró autos sacramentales en las plazas de Madrid puede modernizar esos autos, lo cual haria maravillosamente *Maria Guerrero*. En la Cuaresma y en Pascua, en Navidad, etc., las comedias y las *dansas sagradas* traerian á España el público que va á ver la Pasión en cierta aldea cuyo nombre enrevesado pone los pelos de punta.

Si los alumnos de Colegios y los *clubs* aristocráticos querian emular



St. Reichman